Gozo en levítico

Noviembre 2026

Rob Toornstra
Rob Toornstra es pastor de la Iglesia Cristiana Reformada en Oregón. También colabora con International Theological Education Ministries, donde enseña a pastores de todo el mundo. Él y su esposa, Amy, tienen tres hijos.

CADA DIA, Volumen 26, Número 11, Noviembre 2026. Toda Escritura es de la: Dios Habla Hoy.
Puede citarse parte de este librito devocional citando la fuente.

Tiraje: 5 mil
Texto: Rob Toornstra
Redacción editorial: Huascar de la Cruz
Dirección General: Huascar de la Cruz, director del Ministerio Reforma
Editor: Rubí León
Digramación: David Marín
Portada: Daniel Ulín

Ministerio Reforma

Gozo en levítico

Rob Toornstra

En los devocionales de este mes nos centraremos principalmente en pasajes del libro de Levítico.

Este libro de la Biblia puede resultar intimidante, incluso para los lectores más experimentados de la Biblia. Con sus numerosas normas sobre alimentos; sus instrucciones sobre el sacrificio de animales; sus directrices para los sacerdotes; y sus reglas para realizar todo tipo de ofrendas en el culto a Dios, este libro podría no parecernos muy relevante hoy en día. Sin embargo, al leer Levítico a la luz de la vida y obra de Jesús, descubrimos que se perfila ante nosotros una imagen impresionante del Salvador.

Acompáñanos este mes mientras exploramos cómo el Levítico señala al pueblo de Dios al sumo sacerdote y a la ofrenda más importante de todas: ¡nuestro Señor Jesucristo!

ANHELO DE BELLEZA, COLMADO POR DIOS

"Entonces una nube cubrió el tabernáculo de reunión, y la gloria de Jehová llenó el tabernáculo".
Éxodo 40:34

Hemos sido creados con un profundo deseo de belleza. Ese deseo se despierta cuando contemplamos una hermosa puesta de sol, escuchamos una pieza musical inspiradora, o disfrutamos una comida que deleita nuestro paladar. Sin embargo, ninguna de esas experiencias puede satisfacer plenamente nuestro corazón. La belleza siempre nos señala hacia su fuente última: ¡Dios mismo!

Dios ha dispuesto diversas maneras de enseñarnos a reconocer y apreciar su belleza. Cuando su pueblo peregrinaba por el desierto, les reveló su gloria de una manera que debió dejarlos maravillados. El Creador de todo lo bueno y justo decidió habitar en medio de ellos. El tabernáculo, una especie de templo portátil, fue diseñado cuidadosamente para albergar la manifestación de su presencia. Y el libro de Levítico nos enseña cómo debía acercarse el pueblo a ese Dios santo y glorioso.

Muchos siglos después, la presencia de Dios se manifestó de nuevo a través de Jesús, el Hijo de Dios, quien vino y, literalmente, "puso su tabernáculo entre nosotros" (Juan 1:14). Él vino para salvarnos del pecado y darnos una vida nueva, de modo que pudiéramos disfrutar para siempre de la alegría de vivir en comunión con Dios. Por la fe en Cristo, encontramos aquello que puede llenar los anhelos más profundos de nuestro corazón: una relación restaurada con el Dios para quien fuimos creados.

Ora: *Glorioso Dios, gracias por la belleza de tu amor, de tu salvación y nueva vida en Cristo. En su nombre oramos, Amén.*

EL PELIGRO DE LA BELLEZA

"Y no podía Moisés entrar en el tabernáculo de reunión, porque la nube estaba sobre él, y la gloria de Jehová lo llenaba".
Éxodo 40:35

¿Alguna vez ha estado en lo alto de una montaña? La grandeza de la creación suele producir asombro y, al mismo tiempo, respeto. Lugares como el Monte Everest reflejan la majestuosidad y el poder del Creador, pero también nos recuerdan lo pequeños y vulnerables que somos. Aquello que nos cautiva con su belleza también puede ser peligroso, porque su inmensidad exige cuidado y reverencia.

En cierto sentido, el tabernáculo producía una reacción semejante. Llenaba al pueblo de alegría y asombro al recordar que Dios habitaba en medio de ellos. Pero cuando la nube de su presencia descendía sobre el tabernáculo, también surgía un problema. La santidad de Dios es tan perfecta que nada impuro puede permanecer delante de Él. Incluso Moisés tuvo que actuar con cuidado, pues Dios le dijo: "No podrás ver mi rostro; porque no me verá hombre, y vivirá" (Éxodo 33:20).

Nosotros nos enfrentamos a un problema similar. Podemos anhelar la presencia de Dios, pero debido a nuestra naturaleza pecaminosa somos imperfectos. Por eso es una bendición que Dios haya provisto un camino para que las personas vivan en su presencia. Su Hijo, Jesús, vino y pagó la deuda de nuestro pecado, ¡para que podamos ser declarados justos ante Dios (Romanos 3-4)! Y ahora, gracias a la obra consumada de Jesús, podemos ser renovados y disfrutar de una vida con Dios para siempre.

Ora: *Señor Jesús, cargaste nuestra culpa y pecado para que pudiéramos vivir en presencia de Dios. Danos el deseo de vivir cada día para Ti. En tu glorioso nombre, Amén.*

EL SEÑOR LLAMA E INVITA

"Llamó Jehová a Moisés, y habló con él desde el tabernáculo de reunión..."
Levítico 1:1

¿Cómo puede realmente el ser humano tener comunión con Dios? A menudo pensamos que esto es algo que podemos determinar por nosotros mismos. Algunas personas creen que una vida moralmente correcta basta para ganar su favor. Otras restan importancia al pecado, como si no fuera un obstáculo serio. Pero ambos caminos pasan por alto dos realidades fundamentales: la santidad de Dios y el pecado humano. Ambas nos impiden acercarnos a Él a menos que sea Dios mismo quien nos abra el camino.

La Biblia presenta la santidad de Dios como una realidad tan sobrecogedora que incluso Moisés, escogido por el Señor para una tarea especial, debía acercarse con reverencia y cuidado. Por eso, al comienzo de Levítico, no es el pueblo quien toma la iniciativa, sino Dios. Él llama a Moisés, invita a Israel a acercarse y establece las condiciones para vivir en su presencia.

En aquel tiempo, Dios mostró ese camino por medio de Moisés y de las instrucciones dadas a Israel. Sus leyes moldeaban cada aspecto de la vida: el trabajo, las relaciones, la adoración e incluso los deseos del corazón. De esta manera, el pueblo aprendía lo que significaba vivir en la presencia de un Dios santo. Sin embargo, todas esas instrucciones apuntaban hacia algo mayor. Finalmente, Dios envió a su Hijo Jesucristo para salvarnos y llevarnos a su presencia.

Ora: *¡Dios santo y maravilloso, tú estás siempre con nosotros! Te damos gracias por Jesús, quien hace posible que vivamos cada día en tu presencia. En su nombre oramos, Amén.*

LIDIANDO CON NUESTRA CULPA

"Y pondrá su mano sobre la cabeza del holocausto, y será aceptado para expiación suya".
Levítico 1:4

Todos sabemos lo que se siente haber hecho algo de lo que nos arrepentimos. A veces tratamos de justificarlo. Otras veces preferimos no pensar en ello. Y en ocasiones la culpa permanece mucho más tiempo del que quisiéramos. Aunque muchos insistan en que no hay nada malo en el corazón humano, nuestra propia experiencia suele decirnos otra cosa: fallamos más de lo que nos gustaría admitir.

La buena noticia es que Dios no dejó a su pueblo solo con su culpa. En Levítico vemos cómo Él mismo proveyó un camino de perdón. Cuando una persona llevaba una ofrenda y ponía su mano sobre ella, reconocía su necesidad delante de Dios y confiaba en la provisión que Él había dado. A través de aquel sacrificio, Dios enseñaba una verdad llena de esperanza: el pecado merece castigo, pero Él provee un sustituto. Por eso la ofrenda era un "olor grato para Jehová" (Levítico 1:9), una señal de su favor y aceptación.

Cada sacrificio ofrecido en Levítico apuntaba hacia un día mejor. Un día en que Dios enviaría a su propio Hijo para hacer lo que ningún sacrificio animal podía lograr. Jesús, el Cordero de Dios, entregó su vida por nosotros y llevó sobre sí nuestro pecado. Gracias a su sacrificio perfecto, hoy podemos acercarnos a Dios con confianza, sabiendo que hemos sido perdonados, aceptados y amados por Él. ¿Lo has hecho ya?

Ora: *Dios misericordioso, ayúdanos a aceptar nuestras culpas y abrazar el perdón que nos ofreces en Cristo, nuestro salvador. En quien oramos, Amén.*

OFRENDA DE CALIDAD

"Si su ofrenda fuere sacrificio de paz, si hubiere de ofrecerla de ganado vacuno, sea macho o hembra, sin defecto la ofrecerá delante de Jehová".
Levítico 3:1

¿Acostumbra usted apartar lo mejor que tiene para ofrecérselo a Dios? Es natural reservar lo mejor para aquello que valoramos. Cuando apreciamos algo o a alguien, procuramos darle tiempo, atención y cuidado. Lo hacemos con nuestra familia, con nuestros amigos e incluso con las cosas que consideramos importantes.

Dios enseñó esta misma verdad a su pueblo en Levítico. Las ofrendas de paz celebraban el privilegio de vivir en comunión con Él. Eran una expresión de gratitud y de gozo por la relación que Dios había hecho posible. Por eso, cuando el pueblo llevaba una ofrenda, debía presentar un animal sin defecto y dedicar al Señor las partes más selectas. Dios no necesitaba esos sacrificios; más bien, estaba enseñando a su pueblo que Él merece lo mejor, porque no hay nadie más digno de nuestro amor, nuestra gratitud y nuestra adoración.

Esa misma invitación sigue vigente hoy. Romanos 12 nos llama a responder a la misericordia de Dios ofreciendo nuestras vidas como sacrificio vivo. No porque intentemos ganar su favor, sino porque ya hemos recibido su gracia en Cristo. Por eso vale la pena preguntarnos: ¿qué lugar ocupa Dios en nuestra vida? ¿Le ofrecemos lo mejor de nuestro tiempo, nuestras capacidades y nuestro corazón? Aquel que nos dio lo mejor del cielo merece también lo mejor de nosotros.

Ora: *Señor y Dios nuestro, gracias por habernos hecho tus hijos. Permite que te honremos dándote con alegría y gratitud lo mejor de nosotros. En Jesucristo, Amén.*

¡NO LO SABÍA!

"Si alguna persona del pueblo pecare por yerro, [...] así hará el sacerdote expiación por él, y será perdonado".
Levítico 4:27, 31

Raquel llamó a Juan a su despacho para hablar sobre su desempeño laboral. Algunos clientes se habían quejado de que últimamente parecía distante y poco amable. Lo que ella no sabía era que Juan estaba atravesando uno de los momentos más difíciles de su vida: un divorcio doloroso mientras cuidaba de su madre enferma. Si hubiera conocido toda la historia, probablemente habría reaccionado con más comprensión y compasión.

Algo parecido puede ocurrir en nuestra vida diaria. A veces herimos a otras personas sin proponérnoslo. Decimos palabras que lastiman, actuamos con impaciencia o pasamos por alto las necesidades de quienes nos rodean. En ocasiones ni siquiera somos conscientes del daño que causamos y nos gustaría alegar ignorancia. Pero nuestras acciones siguen teniendo consecuencias, y eso nos recuerda cuán necesitados estamos de la gracia de Dios.

La buena noticia es que Dios conoce nuestro corazón mucho mejor que nosotros mismos. Él ve no solo nuestros pecados evidentes, sino también aquellos de los que apenas somos conscientes. Y precisamente por eso nos ha dado un Salvador perfecto. Jesucristo ofreció el sacrificio definitivo por nuestros pecados, cubriendo por completo nuestra culpa. Gracias a Él podemos descansar en la certeza de que somos perdonados, incluso por aquellas faltas que solo Dios alcanza a ver.

Ora: *Dios nuestro, gracias porque en Jesús quitas nuestra culpa para que podamos estar en paz contigo. En su nombre oramos, amén.*

MÁS QUE PEDIR PERDÓN

"Entonces, habiendo pecado y ofendido, restituirá [...] por entero a aquel a quien pertenece, y añadirá a ello la quinta parte, en el día de su expiación".
Levítico 6:4-5

¿Alguna vez alguien se aprovechó de usted al hacer un trato o una compra? La confianza es algo valioso, pero también frágil. Cuando se rompe, puede dejar heridas difíciles de sanar. Y, si somos honestos, no solo hemos sufrido las consecuencias de la deshonestidad ajena; también nosotros hemos decepcionado a otros en más de una ocasión.

La Biblia nos enseña que el pecado nunca afecta únicamente nuestra relación con Dios; también deja huellas en nuestras relaciones con otras personas. Cuando engañamos, ocultamos la verdad o actuamos injustamente, algo se rompe. Por eso Dios no solo nos llama al arrepentimiento, sino también a la restauración. En las Escrituras vemos que quien había causado un daño debía reconocerlo y, en la medida de lo posible, procurar repararlo. La verdadera transformación del corazón no solo admite el error; también busca sanar lo que ha sido herido.

La buena noticia es que Dios no nos deja solos frente a nuestras faltas. Jesucristo cargó con nuestra culpa para reconciliarnos con Dios y abrirnos un camino de perdón. Y ese mismo perdón nos impulsa a buscar la reconciliación con quienes hemos lastimado. A veces eso implica pedir perdón. Otras veces requiere devolver algo, corregir una injusticia o dar un paso humilde hacia la restauración. ¿Hay alguna relación en tu vida que necesite ser sanada por la gracia de Dios?

Ora: *Señor Jesucristo, gracias por pagar el precio para hacernos justos delante de Dios. Ayúdanos a reconciliarnos en nuestras relaciones y ser honestos. En tu nombre, Amén.*

INVITADOS A SU MESA

"Y de toda la ofrenda presentará una parte por ofrenda elevada a Jehová..."
Levítico 7:14

Después de varios meses alimentándose únicamente de raciones militares durante el entrenamiento básico, muchos soldados sueñan con el momento de volver a disfrutar una comida casera. No se trata solo de la comida. Se trata de las conversaciones, las risas, y la alegría de estar nuevamente con las personas que aman.

Quizá por eso resulta tan significativa la imagen que encontramos en el tabernáculo. Allí se ofrecían sacrificios y ofrendas al Señor, pero algunas de ellas también daban lugar a una comida compartida. Cuando una familia llevaba una ofrenda de agradecimiento, participaba junto con los sacerdotes de una celebración en la presencia de Dios. Era una forma tangible de recordar que el Señor no solo quería ser adorado desde la distancia; deseaba vivir en comunión con su pueblo. La mesa se convertía en un lugar de gratitud, gozo y cercanía con Dios.

¿Es su relación con Cristo tan cercana como una comida compartida con buenos amigos? A veces imaginamos a Dios como alguien distante o difícil de alcanzar. Sin embargo, una y otra vez la Biblia nos muestra a un Dios que invita a su pueblo a acercarse. Y una manera de hacerlo es participando de la Cena del Señor, donde Cristo fortalece nuestra fe y profundiza nuestra comunión con Él. ¡Qué privilegio es saber que Dios no solo nos salva, sino que también nos invita a disfrutar de su compañía!

Ora: *Señor y Dios, gracias por invitarnos a tu mesa y disfrutar en tu compañía. Nútrenos con tu gracia y haz nuestra relación contigo más profunda. En el dulce nombre de Jesús, Amén.*

ALGUIEN DE TU LADO

"Y puso sobre él la túnica, y le ciñó con el cinto; le vistió después el manto, y puso sobre él el efod, y lo ciñó con el cinto del efod, y lo ajustó con él".
Levítico 8:7

Cuando leemos la descripción de las vestiduras de los sacerdotes, es fácil preguntarse: ¿por qué tantos detalles? Pero detrás de cada piedra, cada color y cada adorno hay un hermoso recordatorio del cuidado de Dios por su pueblo. Todo esto nos recuerda que servir al Señor es un privilegio que también implica una gran responsabilidad.

Las vestiduras sacerdotales eran de púrpura y oro, a juego con los colores del tabernáculo, porque los sacerdotes realizaban tareas especiales para el Señor. El turbante del sumo sacerdote tenía inscritas las palabras "SANTIDAD A JEHOVÁ" (Éxodo 28:36), lo que indicaba un servicio especial a Dios. En el efod —una especie de chaleco— había doce piedras, una por cada tribu de Israel. El pueblo de Dios veía estas piedras y recordaba que el sumo sacerdote llevaba a su tribu cerca de su corazón y la elevaba en oración ante Dios.

Pero la buena noticia es que hoy tenemos algo aún mejor. Hebreos 7:23-28 nos recuerda que Jesús es nuestro gran Sumo Sacerdote. Él nos lleva continuamente ante el Padre y nunca deja de interceder por nosotros. Cuando el dolor nos abruma, Él conoce nuestras cargas. Cuando tropezamos Él nos recuerda que su sacrificio es suficiente. Qué consuelo saber que no caminamos solos. Nuestro Salvador nos lleva cerca de su corazón y nos presenta constantemente delante de Dios.

Ora: *Señor Jesucristo, te agradecemos y alabamos por ser nuestro sacerdote perfecto. A ti sea la gloria, Amén.*

EN BUSCA DE FELICIDAD

"Después alzó Aarón sus manos hacia el pueblo y lo bendijo; y después de hacer la expiación, el holocausto y el sacrificio de paz, descendió".
Levítico 9:22

Todos anhelamos ser felices. Por eso dedicamos tiempo y esfuerzo a aquello que creemos que nos dará alegría: una meta alcanzada, un mejor trabajo, una relación significativa o una experiencia especial. Y aunque muchas de estas cosas son buenas, tarde o temprano descubrimos que ninguna puede llenar por completo el corazón. La alegría que ofrecen suele ser real, pero también pasajera. Siempre parece faltar algo más.

La Biblia nos ayuda a entender por qué. Fuimos creados para encontrar nuestra mayor alegría en Dios. Sin embargo, el pecado nos separó de Él y nos dejó buscando en otros lugares lo que solo puede encontrarse en su presencia. En el Antiguo Testamento, el sumo sacerdote ofrecía sacrificios por el pueblo y luego pronunciaba la bendición de Dios, recordándoles que el Señor había aceptado la ofrenda y seguía mostrando su gracia y favor a quienes se acercaban a Él.

Los creyentes en Jesucristo gozamos de una bendición mayor. En lugar de un sacrificio repetido, Cristo ha ofrecido a Dios un sacrificio definitivo. Gracias a Él ya no tenemos que vivir lejos de Dios ni buscar desesperadamente aquello que satisfaga nuestra alma. Estar en paz con Dios y disfrutar de su presencia es posible por medio de Cristo. Solo en él encontramos una alegría más profunda que las circunstancias y una paz que permanece aun en medio de las dificultades.

Ora: *Padre celestial, permítenos ver tu gloria y alabarte. Permite que, al mirarnos con amor, nos ofrezcamos a nosotros mismos en adoración. En Cristo Jesús, Amén.*

LA IRA DE DIOS

"Esto es lo que habló Jehová, diciendo: En los que a mí se acercan me santificaré, y en presencia de todo el pueblo seré glorificado".
Levítico 10:3

Todos sabemos lo que es equivocarnos. A veces cometemos errores por descuido; otras veces simplemente creemos que sabemos una mejor manera de hacer las cosas. Desde pequeños nos cuesta seguir instrucciones y tendemos a confiar más en nuestro propio criterio. Pero cuando se trata de nuestra relación con Dios, esa actitud puede llevarnos por un camino peligroso.

Eso fue precisamente lo que ocurrió con Nadab y Abiú. Dios había dado instrucciones claras para el servicio en el tabernáculo, pero ellos decidieron actuar a su manera. Aunque algunos puedan considerarlo algo trivial, su historia nos recuerda una verdad importante: Dios es santo, y no podemos acercarnos a Él en nuestros propios términos. El problema del pecado siempre comienza cuando pensamos que sabemos más que Dios o que podemos prescindir de su voluntad.

A primera vista, este relato puede parecernos duro. Pero también nos ayuda a comprender la grandeza de lo que Cristo hizo por nosotros. Jesús fue el único que obedeció perfectamente al Padre y el único digno de entrar en su presencia. Y cuando fue a la cruz, cargó sobre sí el juicio que nosotros merecíamos. Por eso, quienes confían en Él ya no tienen que vivir con temor. Gracias a Cristo, podemos acercarnos a Dios con confianza, sabiendo que hemos sido recibidos por gracia y no por nuestros propios méritos.

Ora: *Bendito Dios, gracias por el sacrificio de Jesús quien con su sangre quitó nuestros pecados. Ayúdanos a comprender tu santidad para poder alabarte de la forma que mereces. En Jesús, Amén.*

INMUNDOS

"[...] si el pelo en la llaga se ha vuelto blanco, y pareciere la llaga más profunda que la piel de la carne, llaga de lepra es; y el sacerdote le reconocerá, y le declarará inmundo".
Levítico 13:3

Es probable que las leyes de Levítico sobre enfermedades de la piel no sean precisamente la lectura más agradable, especialmente a la hora de comer. Y esos capítulos incluyen mucho más que eso. Hablan de alimentos, enfermedades, fluidos corporales y otras situaciones que podían hacer que una persona fuera considerada "pura" o "impura". Incluso determinaban si alguien podía participar plenamente en la vida de adoración del pueblo de Dios.

Sin embargo, estas leyes no significaban necesariamente que la persona hubiera cometido un pecado. Muchas veces la impureza ritual estaba relacionada con enfermedades, ciertas condiciones físicas o el contacto con animales. Cuando alguien era declarado impuro, debía mantenerse apartado por un tiempo para evitar que esa impureza se extendiera. De esta manera, Dios enseñaba a su pueblo que la santidad debía reflejarse en todos los aspectos de la vida.

Pero había un problema: nadie podía hacerse puro por sí mismo. Era el sacerdote quien debía examinar a la persona y declararla limpia. Todo esto apuntaba hacia una realidad mucho mayor. Cuando Jesús vino, no se alejó de los impuros; se acercó a ellos. En lugar de contaminarse con su impureza, les comunicó su pureza. Gracias a su obra salvadora, nosotros también hemos sido limpiados y podemos acercarnos a Dios reconciliados y restaurados.

Ora: *Señor Jesús, gracias por limpiarnos y quitar nuestras impurezas. Lávanos y danos sanidad de pecados. Oramos en tu nombre, Amén.*

¿QUÉ HACES CON LA VERGÜENZA?

"Y aquel macho cabrío llevará sobre sí todas las iniquidades de ellos a tierra inhabitada; y dejará ir al macho cabrío por el desierto".
Levítico 16:22

Hay errores que cometemos y que, aun después de haber sido perdonados, seguimos recordando con dolor. Basta una conversación, una fotografía o un recuerdo inesperado para que vuelvan a nuestra mente. La vergüenza funciona así. Nos susurra que nuestros fracasos nos definen, que nunca seremos lo suficientemente buenos y que siempre cargaremos con el peso de lo que hicimos. Quizá aparece cuando recordamos una mala decisión, una palabra hiriente, o una ocasión en la que fallamos a quienes más amamos. Aunque Dios ya nos haya perdonado, la vergüenza insiste en quedarse.

Por eso resulta tan hermosa la imagen del chivo expiatorio. Una vez al año, los pecados del pueblo eran confesados sobre el animal, y luego este era enviado al desierto para no volver jamás. El mensaje era poderoso: Dios no solo perdona el pecado; también lo aleja de su pueblo. Lo que había sido confesado y expiado ya no debía seguir cargándose.

Todo esto apuntaba a Jesucristo. Él cargó con nuestros pecados para quitarlos de delante de nosotros para siempre. Por eso, cuando las acusaciones vuelven a nuestra mente y la vergüenza intenta decirnos quiénes somos, podemos mirar a Cristo y recordar una verdad más grande: que Dios, la única persona que realmente podría acusarnos, ha declarado que en Jesús nuestros pecados han desaparecido para siempre.

Ora: *Señor y Dios, gracias por quitar la vergüenza de nosotros. Ayúdanos a creer que en Ti hemos sido completamente perdonados. En el nombre de Jesús, Amén.*

Levítico 16:23-34

DEUDA CANCELADA

"Y esto tendréis como estatuto perpetuo, para hacer expiación una vez al año por todos los pecados de Israel. Y Moisés lo hizo como Jehová le mandó".
Levítico 16:34

¿Recuerda alguna mentira que contó cuando era niño? Quizá parecía algo pequeño al principio. Pero para ocultarla tuvo que inventar otra explicación, y luego otra más. Muchos aprendimos así que la culpa no desaparece simplemente porque intentemos ignorarla. Se queda con nosotros. Nos roba la tranquilidad, y afecta nuestras relaciones. Todos sabemos lo que es cargar con algo que desearíamos no haber hecho.

El Día de la Expiación era un recordatorio de que Dios no ignoraba el pecado de su pueblo, pero tampoco los dejaba solos con su culpa. Una vez al año, el sumo sacerdote ofrecía sacrificios por sí mismo y por toda la nación. Luego tomaba un chivo sobre el cual se confesaban simbólicamente los pecados del pueblo, y el animal era enviado al desierto. Era una imagen conmovedora: la culpa era llevada lejos, fuera del campamento, para no volver.

Sin embargo, ningún animal podía quitar verdaderamente el pecado ni traer una paz duradera al corazón. Por eso Jesús vino a hacer lo que aquellos sacrificios no podían hacer. Cuando murió en la cruz y exclamó: "Consumado es", la deuda de nuestro pecado fue pagada por completo. Ahora, cuando confesamos nuestros pecados, no tenemos que seguir viviendo bajo el peso de la culpa. En Cristo encontramos perdón verdadero, paz para la conciencia y la seguridad de que nuestra deuda ha sido cancelada para siempre.

Ora: *Dios de gracia, en el nombre de Jesús confieso mi pecado e imploramos tu perdón. Recibe nuestra petición, en tu Hijo Jesucristo. Amén.*

EL DON DE LA VIDA DEL DIOS DE GRACIA

"Porque la vida de la carne en la sangre está, y yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas; y la misma sangre hará expiación de la persona".
Levítico 17:11

La sangre es una de las cosas más valiosas que Dios puso en nuestro cuerpo. Basta una herida grave o una transfusión de emergencia para recordarnos cuán estrechamente están unidas la sangre y la vida. Por eso las palabras de Levítico 17:11 siguen teniendo tanta fuerza hoy: "La vida de la carne en la sangre está".

A lo largo de Levítico encontramos repetidas referencias a la sangre. Dios quería enseñar a su pueblo que la vida es un regalo precioso que proviene de Él. En un mundo que nos anima a vivir como si fuéramos dueños absolutos de nuestra existencia, la Biblia nos recuerda que pertenecemos a Dios. Él es el dador de la vida y quien mejor sabe cómo debemos vivirla. Por eso su pueblo fue llamado a valorar y proteger la vida como un regalo sagrado.

Por otro lado, en los sacrificios del Antiguo Testamento, una vida era entregada en lugar de otra. Era una imagen del alto costo del pecado y de la necesidad de reconciliación con Dios. Todo esto señalaba hacia Jesucristo. La noche antes de ir a la cruz, Jesús habló de su sangre derramada por nosotros. Él tomó nuestro lugar para que nosotros pudiéramos ocupar el suyo. Aunque éramos culpables, Cristo cargó con nuestra condenación para reconciliarnos con el Padre. ¿No es maravilloso? Dios no solo nos muestra lo que el pecado merece; también nos provee el sacrificio que necesitamos.

Ora: *Señor Jesús, tu sangre fue derramada para que pudiéramos tener vida eterna. No tenemos con qué pagarte, así que acepta nuestras vidas y nuestra gratitud como ofrenda. En tu nombre, Amén.*

Huascar de la Cruz, director del Ministerio Reforma

Suscríbete a nuestro canal de YouTube y no te pierdas de todo el contenido que hemos creado para ti

Ministerio
Reforma

visita nuestra página web:
www.ministerioreforma.com

Haz lo que muchos han hecho alrededor del mundo, renovando su vida espiritual haciendo de CADA DÍA su devocional.

Muchas felicidades por la calidad y veracidad bíblica al elaborar sus devocionales. Por favor, nunca dejen de enviármelos. Forman parte de mi vida. ¡Gracias por compartir la comida que no perece!
-Divier Hernández de la Rosa

Gracias, por cada día enviar estos hermosos mensajes y ayudarnos con estas reflexiones.
-Mónica Pacheco, Chile

Al Ministerio Reforma: Les agradezco todos los mensajes o textos que me envían, han sido y siguen siendo de edificación a mi vida.
-Juan Antonio Castro Gasca, México

El Cada Día me es de gran ayuda, pues antes de iniciar mi actividad diaria, le doy lectura y edifica mi vida.
-Carlos Castellanos

Tú también puedes ser parte de nuestra comunidad, te esperamos en nuestras redes sociales.

facebook:

YouTube:

Instagram:

¡Nos encantaría saber de ti!

Si tienes alguna duda o sugerencia puedes escribirnos a:

cadadia@ministerioreforma.com

o enviarnos un mensaje a nuestra página de facebook:

Ministerio Reforma

SEXUALIDAD SANTIFICADA

"No haréis como hacen en la tierra de Egipto, en la cual morasteis; ni haréis como hacen en la tierra de Canaán, a la cual yo os conduzco, ni andaréis en sus estatutos".
Levítico 18:3

Todos anhelamos amar y ser amados. Deseamos cercanía, intimidad y relaciones que llenen nuestro corazón. Por eso no sorprende que nuestra cultura hable constantemente sobre el sexo y lo presente como el camino hacia la felicidad y la plenitud. Sin embargo, muchas personas descubren que, aun después de perseguir esas promesas, siguen sintiendo un profundo vacío.

Levítico nos recuerda que la presencia de Dios transforma cada aspecto de nuestra vida, incluyendo nuestra sexualidad. Dios no nos dio sus mandamientos para privarnos de algo bueno, sino para guiarnos hacia lo que realmente nos hace bien. Mientras el mundo suele decirnos que sigamos simplemente nuestros deseos, Dios nos invita a confiar en su sabiduría y en su diseño. Quienes han luchado con la tentación o las heridas relacionadas con la sexualidad saben cuán fácilmente estos asuntos pueden traer dolor, culpa y esclavitud cuando se viven lejos de la voluntad de Dios.

Pero el mensaje de la Biblia no termina con nuestras fallas. Jesucristo vino precisamente para personas que necesitan gracia. Él cargó con nuestra culpa, quitó nuestra vergüenza y nos ofrece una nueva vida. Por eso podemos confiar en que el camino de Dios no nos roba la alegría; nos conduce hacia una alegría más profunda, aquella que nace de vivir cerca de Él y disfrutar de sus buenos regalos conforme a su propósito.

Ora: *Dios nuestro, ayúdanos a vivir en la libertad que has ganado para nosotros. En Jesucristo nuestro Salvador, Amén.*

MÁS QUE UN DÍA LIBRE

"Seis días se trabajará, mas el séptimo día será de reposo, santa convocación; ningún trabajo haréis; día de reposo es de Jehová en dondequiera que habitéis".
Levítico 23:3

El ajetreo parece haberse convertido en una medalla de honor en nuestros días. Las jornadas de trabajo son largas y, por si fuera poco, aun en vacaciones los pendientes nos persiguen. Podemos sentirnos agotados, pero nos enorgullece decir que estamos muy ocupados. La pregunta es: ¿qué estamos buscando realmente con todo este esfuerzo?

En Levítico 23, Dios estableció una serie de fiestas y celebraciones para su pueblo. La primera de ellas era el día de reposo. Cada siete días, Israel debía detenerse, dejar a un lado sus labores y descansar. Era un recordatorio de que el mundo no dependía de su trabajo, sino del cuidado fiel de Dios. También les recordaba que su seguridad y su salvación no provenían de sus esfuerzos, sino de la gracia del Señor. Hoy los cristianos nos reunimos el primer día de la semana porque fue el día en que Cristo resucitó. Y en Él encontramos un descanso aún más profundo que el que Israel conoció en tiempos de Levítico.

Gracias a la muerte y resurrección de Jesús, ya no tenemos que vivir intentando demostrar nuestro valor ni cargar con el peso de sostenerlo todo. Si se siente cansado o abrumado, recuerde las palabras de Jesús: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar". Reserve un momento esta semana para detenerse, adorar y disfrutar del descanso que Dios, en su gracia, le ofrece.

Ora: *Señor Jesús, gracias porque en Ti podemos encontrar el verdadero descanso para nuestras almas. Enséñanos a gozar del descanso y todo lo que provees. En tu nombre oramos. Amén.*

MARCADOS POR LA GRACIA

"En el mes primero, a los catorce del mes, entre las dos tardes, pascua es de Jehová".
Levítico 23:5

Muchas personas prefieren no pensar demasiado en la muerte. Es algo que contrasta con la Biblia, la cual no evita este tema. Más bien, nos muestra que, aun frente a la realidad de la muerte, Dios sigue siendo un Dios de salvación y esperanza. Las fiestas de la Pascua y de los Panes sin Levadura recordaban precisamente eso: el cuidado fiel de Dios y su poder para rescatar a su pueblo.

Cada año, las familias israelitas sacrificaban un cordero y recordaban la noche en que Dios los libró de la esclavitud en Egipto. Mientras la muerte recorría la tierra, las casas marcadas con la sangre del cordero permanecían seguras bajo la protección de Dios. Aquella noche no solo marcó el comienzo de la libertad para Israel; también señaló hacia una liberación mucho mayor que Dios prepararía para su pueblo.

Siglos después, Jesús vino como el verdadero Cordero de Dios. Aunque era perfecto y sin pecado, entregó su vida por nosotros para liberarnos de la esclavitud del pecado y de la condenación eterna. Gracias a Él, la muerte ya no tiene la última palabra. Todo aquel que confía en Cristo encuentra perdón, vida nueva y una esperanza que va más allá de esta vida. Por eso, cuando miramos a la cruz, recordamos que Dios no solo nos salva del juicio; también nos conduce a la libertad y a la alegría de caminar con Él para siempre.

Ora: *¡Gracias Dios por llevarnos de la muerte a la vida, de modo que, si estamos en Cristo, somos salvos! Líbrame de mi pecado y de mi culpa, y hazme nuevo en Ti. En Jesús, Amén.*

PAN LEUDADO

"Y a los quince días de este mes es la fiesta solemne de los panes sin levadura a Jehová; siete días comeréis panes sin levadura".
Levítico 23:6

Todavía hoy muchas familias judías celebran la Pascua y procuran evitar la levadura durante esos días. Aunque las prácticas han cambiado con el tiempo, esta tradición sigue recordando una antigua enseñanza: Dios había rescatado a su pueblo y lo había apartado para que le perteneciera.

La Fiesta de los Panes sin Levadura se celebraba junto con la Pascua y recordaba precisamente esa realidad. Así como la levadura se extiende por toda la masa, el pecado tiene la capacidad de infiltrarse poco a poco en nuestra vida. Una actitud egoísta puede afectar nuestras relaciones. Un resentimiento guardado puede endurecer el corazón. Un pecado tolerado puede terminar influyendo mucho más de lo que imaginamos. Por eso Dios llamaba a su pueblo a quitar la levadura de sus hogares, como una señal visible de que habían sido redimidos para vivir de una manera diferente.

Muchos años después, el apóstol Pablo recordó a los creyentes que Cristo es nuestra Pascua y que ya fue sacrificado por nosotros (1 Corintios 5:7). La santidad no es un intento de ganar el favor de Dios; es una respuesta agradecida a la gracia que hemos recibido. Gracias a Jesús encontramos perdón, libertad y la fuerza para dejar atrás aquello que nos aparta de Él. Vivamos, entonces, como un pueblo que disfruta de su perdón, y que celebra con gozo todo lo que Cristo ha hecho.

Ora: *Señor Jesucristo, confesamos que a veces encontramos seductor al pecado. Ayúdanos, por el poder de tu Espíritu, a quitar el pecado que hay en nosotros. En tu nombre bendito, Amén.*

¡LO MEJOR ESTÁ POR VENIR!

"Cuando hayáis entrado en la tierra que yo os doy, y seguéis su mies, traeréis al sacerdote una gavilla por primicia de los primeros frutos de vuestra siega".
Levítico 23:10

Vivimos en un mundo donde la muerte parece estar siempre presente. Basta encender la televisión o abrir las redes sociales para encontrarnos con noticias de guerras, enfermedades, violencia y tragedias que nos recuerdan lo frágil que es la vida. A veces puede parecer que la oscuridad tiene la última palabra. Pero el evangelio nos anuncia una noticia diferente: la resurrección de Jesús cambió para siempre el destino de la humanidad.

Durante la Fiesta de las Primicias, el pueblo de Israel ofrecía a Dios una parte de la primera cosecha de cebada. Era una manera de agradecer por lo recibido y, al mismo tiempo, de confiar en que Dios seguiría proveyendo lo necesario. Aquella primera porción de la cosecha era una promesa de que aún quedaba mucho más por venir.

Y eso fue precisamente lo que ocurrió con Jesús. El domingo de resurrección, mientras se celebraba la fiesta de las primicias, Cristo salió victorioso de la tumba. Como dice Pablo, Él es "las primicias de los que durmieron" (1 Corintios 15:20). Jesús fue el primero en resucitar de los muertos, pero no será el último. Todos los que confían en Él participarán también de esa victoria. ¿Ha pensado usted en cómo será eso? Basta mirar a Cristo resucitado para vislumbrar lo que Dios ha preparado para su pueblo: una vida sin muerte, sin dolor, sin lágrimas y sin las consecuencias del pecado.

Ora: *Señor de la vida, mantén en nosotros la esperanza de que un día resucitaremos e iremos a morar contigo. En el poderoso nombre de tu Hijo Jesucristo, Amén.*

PODER PARA OBEDECER

"Hasta el día siguiente del séptimo día de reposo contaréis cincuenta días; entonces ofreceréis el nuevo grano a Jehová".
Levítico 23:16

Muchas personas ven las normas como algo molesto. Nos gusta la libertad y no siempre nos agrada que alguien nos diga cómo debemos vivir. Por eso puede sorprendernos que una de las fiestas de Israel estuviera relacionada con dar gracias a Dios por su ley. Sin embargo, para el pueblo de Dios, la ley era un regalo. Les mostraba cómo vivir cerca del Señor que los había rescatado y cómo responder a su amor con una vida que le agradara.

El problema no era la ley. El problema estaba en el corazón humano. Si somos sinceros, no necesitamos mirar muy lejos para comprobarlo. Basta recordar el día de ayer. ¿Siempre hablamos con amabilidad? ¿Nunca albergamos resentimiento? ¿Jamás fuimos impacientes o egoístas? Todos sabemos lo fácil que es apartarnos de la voluntad de Dios, incluso cuando deseamos hacer lo correcto.

Pero Dios no nos dejó solos en esa lucha. En el día de Pentecostés, mientras se celebraba aquella misma fiesta, Dios derramó su Espíritu Santo. El Espíritu vino para impulsar la gran cosecha del evangelio entre todas las naciones y también para transformar nuestros corazones. Gracias a su obra, la obediencia deja de ser simplemente una obligación y se convierte en una respuesta de amor a Dios. Si has puesto tu fe en Cristo, el Espíritu Santo vive en ti, te fortalece para servir y te ayuda a caminar cada día más cerca del Señor.

Ora: *Padre celestial, ayúdanos a vivir obedeciéndote con alegría, en gratitud por lo que has hecho en nosotros por medio de tu Hijo Jesucristo, en quien oramos. Amén.*

DESPERTANDO EN LA PRESENCIA DEL SEÑOR

"Habla a los hijos de Israel y diles: En el mes séptimo, al primero del mes tendréis día de reposo, una conmemoración al son de trompetas, y una santa convocación".
Levítico 23:24

Es fácil dejarse absorber por las ocupaciones de cada día. Entre el trabajo, las responsabilidades familiares, y los compromisos, podemos pasar semanas enteras ocupados, pero dedicando muy poco tiempo a estar con Dios.

Algo parecido podía ocurrirle al pueblo de Israel. Después de meses de arduo trabajo en los campos, era fácil concentrarse únicamente en las cosechas, las necesidades diarias y los desafíos de la vida. Por eso Dios estableció la Fiesta de las Trompetas. Al comienzo del nuevo año religioso, el sonido de las trompetas resonaba por toda la comunidad, llamando al pueblo a volver su mirada al Señor. Era una invitación a recordar que Dios estaba presente entre ellos y que su vida dependía de Él.

La Biblia nos dice que un día sonará nuevamente una trompeta, anunciando el regreso glorioso de Jesucristo. En medio de las preocupaciones de este mundo, es fácil olvidar esa promesa. Pero los creyentes vivimos mirando hacia adelante, esperando el día en que nuestro Señor volverá para hacer nuevas todas las cosas. Por eso, cada vez que el ruido de la vida amenace con distraernos, recordemos esta esperanza. Cristo viene. Y mientras esperamos su regreso, vivamos cerca de Él, con el corazón despierto y lleno de expectativa por el día en que veremos a nuestro Salvador cara a cara.

Ora: *Señor Jesús, perdónanos por permitir que nuestras ocupaciones nos alejen de Ti. Ayúdanos a prepararnos para ese día glorioso en que despertaremos contigo. Te lo pedimos, Amén.*

LA LUZ DEL MUNDO

"Manda a los hijos de Israel que te traigan para el alumbrado aceite puro de olivas machacadas, para hacer arder las lámparas continuamente".
Levítico 24:2

A veces la vida se vuelve confusa. No siempre sabemos qué camino tomar o cómo enfrentar las situaciones que se avecinan. En esos momentos necesitamos una luz que nos guíe. Por eso el candelabro del tabernáculo era mucho más que un objeto hermoso. Mientras la presencia de Dios habitaba entre su pueblo, aquella luz brillaba constantemente en medio de la oscuridad. Era un recordatorio visible de que Dios no abandonaba a los suyos y de que su presencia traía dirección, seguridad y esperanza.

Muchos años después, Jesús tomó esa imagen y dijo: "Yo soy la luz del mundo" (Juan 8:12). En Él encontramos la luz que necesitamos para conocer a Dios y caminar por el camino correcto. Pero Jesús también dijo a sus discípulos: "Vosotros sois la luz del mundo" (Mateo 5:14). Quienes han recibido su luz están llamados a reflejarla a otros. ¿Te imaginas qué hermoso es poder irradiar la luz de Cristo de manera constante?

Vivimos en un mundo lleno de confusión, temor e incertidumbre. Por eso las personas necesitan ver la luz de Cristo reflejada en nuestras palabras, nuestras acciones y nuestra manera de vivir. Tal vez hoy Dios quiera usar una palabra de ánimo, un gesto de bondad o un acto de servicio para iluminar la vida de alguien. Cuanto más cerca caminamos de Jesús, más brillará su luz a través de nosotros.

Ora: *Señor Jesucristo, Tú eres la luz que el mundo necesita. Gracias por traernos a la luz de tu presencia. Ayúdanos a brillar con tu luz donde quiera que vayamos. En tu nombre, Amén.*

ALIMENTO QUE SATISFACE

"Y tomarás flor de harina, y cocerás de ella doce tortas [...] Y las pondrás en dos hileras, seis en cada hilera, sobre la mesa limpia delante de Jehová".
Levítico 24:5-6

Todos sabemos lo que es tener hambre. Y no me refiero solo al hambre física. También existe un hambre más profunda: el deseo de sentirnos plenos, amados, seguros y satisfechos. Muchas veces buscamos llenar ese vacío con trabajo, logros, dinero, reconocimiento o cualquier otra cosa que nos prometa felicidad. Sin embargo, tarde o temprano descubrimos que nada de eso logra satisfacer completamente el corazón.

En el tabernáculo había una mesa con doce panes que representaban al pueblo de Dios. Era un recordatorio de que el Señor no solo vivía en medio de su pueblo, sino que también proveía todo lo que necesitaban. Así como alimentó a Israel en el desierto, Dios seguía mostrando que era Él quien sostenía sus vidas día tras día.

Años más tarde, Jesús tomó esa imagen y declaró: "Yo soy el pan de vida" (Juan 6:35). Con esas palabras nos recordó que la necesidad más profunda de nuestra alma solo puede ser satisfecha por Él. Cuando confiamos en Cristo, encontramos mucho más que ayuda para nuestras dificultades. Encontramos al Salvador que nos perdona, nos recibe como suyos y nos asegura que nunca nos abandonará. Muchas cosas prometen llenarnos, pero solo Jesús puede alimentar verdaderamente el corazón. En Él encontramos el amor, la gracia y la comunión con Dios para las que fuimos creados.

Ora: *Dios y Padre, gracias por darnos el pan verdadero que puede satisfacer nuestras almas. No permitas que tu Palabra falte en nuestras vidas. En Cristo Jesús, te lo pedimos. Amén.*

UN NOMBRE IMPORTANTE

"Y el que blasfemare el nombre de Jehová, ha de ser muerto..."
Levítico 24:16

Imagine una discusión que poco a poco va subiendo de tono. Los ánimos se calientan y, en medio del enojo, alguien utiliza el nombre de Dios de manera irrespetuosa. Aunque hoy estamos acostumbrados a escuchar algo así, la Biblia nos recuerda que el nombre de Dios no es una palabra cualquiera. No fue dado para expresar ira, sorpresa o diversión, ni para respaldar nuestras opiniones o intereses personales. El nombre de Dios merece ser tratado con reverencia porque refleja quién es Él.

La manera en que usamos el nombre de Dios revela mucho acerca de cómo lo vemos. Si hablamos de Él con ligereza, terminaremos pensando en Él con ligereza. Si lo utilizamos para apoyar nuestras propias causas, corremos el riesgo de reducirlo a un simple instrumento para nuestros propósitos. Pero cuando reconocemos la grandeza y santidad de Dios, aprendemos a hablar de Él con respeto, gratitud y adoración.

Muchos siglos después, Jesús fue acusado injustamente de blasfemia y condenado a muerte. Sin embargo, Él jamás deshonró el nombre de su Padre. Y aun así, tomó sobre sí el castigo que nosotros merecíamos. Gracias a su sacrificio, nuestros pecados son perdonados, incluso aquellos cometidos con nuestras palabras. Ahora, en lugar de temer acercarnos a Dios, podemos invocar su nombre con confianza, sabiendo que por medio de Cristo hemos sido recibidos como sus hijos.

Ora: *Dios nuestro, ayúdanos a honrar la santidad de tu nombre en la forma que hablamos y vivimos. Permite que tu nombre sea glorificado en nuestras vidas. En el amoroso nombre de Jesús, Amén.*

OJO POR OJO

"El que hiere algún animal ha de restituirlo; mas el que hiere de muerte a un hombre, que muera".
Levítico 24:21

¿Alguna vez has sentido deseos de desquitarte de alguien? Quizá una persona te trató injustamente, habló mal de ti o se quedó con el mérito de algo que hiciste. Cuando nos hieren, es natural querer que la otra persona pague por lo que hizo. El problema es que rara vez nos conformamos con eso. Muchas veces queremos devolver el golpe con un poco más de fuerza. Y así comienzan conflictos que pueden dañar amistades, dividir familias y romper comunidades enteras.

En el pasaje de hoy, Dios recuerda a su pueblo que la justicia tiene límites. La conocida expresión "ojo por ojo" no era una invitación a la venganza, sino una manera de impedir que el castigo fuera mayor que la ofensa. Nadie debía tomar más de lo que era justo. Además, esta ley se aplicaba por igual a todos los que vivían entre el pueblo de Dios. La justicia no dependía de la posición, la riqueza o el origen de una persona.

Pero Jesús nos llevó aún más lejos. En lugar de buscar venganza, nos llamó a responder con amor y misericordia. Y eso es lo que Dios hizo con nosotros. Aunque nuestros pecados merecían condenación, el Señor nos mostró gracia en Cristo. Jesús tomó sobre sí el castigo que nosotros merecíamos para ofrecernos perdón y reconciliación. Cuando comprendemos cuánta misericordia hemos recibido, encontramos la fuerza para mostrar misericordia a quienes nos han hecho daño.

Ora: *Dios de gracia, a pesar de nuestro pecado, nos has respondido con misericordia. Ayúdanos a mostrar esa misericordia a otros. En el nombre de Jesús, Amén.*

LIBRES POR SIEMPRE

"Ejecutad, pues, mis estatutos y guardad mis ordenanzas, y ponedlos por obra, y habitaréis en la tierra seguros..."
Levítico 25:18

Vivimos en un mundo donde muchas personas cargan con pesos difíciles de llevar. Algunos luchan con deudas, otros con relaciones rotas, o injusticias. Miramos a nuestro alrededor y vemos que algo no está bien. El pecado ha dejado su huella en todos los rincones de la vida humana.

Dios conocía esa realidad. Por eso estableció para Israel el Año del Jubileo. Cada cincuenta años sonaba la trompeta y comenzaba un tiempo de restauración. Las deudas relacionadas con la tierra eran canceladas, las propiedades regresaban a sus familias y el pueblo recordaba que Dios era su verdadero proveedor. Era una hermosa imagen de un nuevo comienzo y de la libertad que solo el Señor puede dar.

Cuando Jesús comenzó su ministerio, anunció el cumplimiento de las promesas de Isaías acerca de un nuevo Jubileo y proclamó una liberación que iba mucho más allá de las dificultades económicas o sociales. Por medio de su vida, muerte y resurrección, vino a liberarnos de la deuda más profunda: la del pecado. Él vino a restaurar lo que estaba roto y a reconciliarnos con Dios. Por eso los creyentes vivimos con esperanza. Aunque todavía vemos mucho sufrimiento a nuestro alrededor, sabemos que Cristo ya ha inaugurado el verdadero Jubileo. Y cuando Él regrese, toda injusticia será corregida, toda lágrima será secada y su obra de restauración llegará a su plenitud.

Ora: *Señor Jesucristo, te agradecemos por libertarnos del pecado. Te pedimos que nos des sabiduría y obediencia para servirte cada día. Amén.*

SALDANDO UNA DEUDA

"O su tío o el hijo de su tío lo rescatará, o un pariente cercano de su familia lo rescatará; o si sus medios alcanzaren, él mismo se rescatará."
Levítico 25:48-49

¿Alguna vez se ha preguntado por qué Jesús tuvo que morir en la cruz? ¿No podía Dios simplemente perdonar nuestros pecados? La lectura de hoy nos ayuda a entenderlo. En el antiguo Israel, una familia podía verse en graves dificultades si las cosechas fallaban durante varios años. Las deudas se acumulaban y, en algunos casos, las personas tenían que vender sus tierras o incluso entregarse al servicio de otros para sobrevivir. Sin embargo, un familiar podía intervenir, pagar la deuda y devolverles la libertad.

Todos entendemos lo que significa cargar con una deuda que no podemos pagar. Y la Biblia nos enseña que el pecado produce precisamente una deuda delante de Dios. No es un problema que podamos resolver con buenas intenciones o esforzándonos más. Necesitamos que alguien haga por nosotros lo que no podemos hacer por nosotros mismos. Por eso vino Jesús: "para dar su vida en rescate por muchos" (Marcos 10:45). Cristo no solo pagó nuestra deuda; se entregó a sí mismo para hacerlo.

Cuando una deuda es cancelada, la vida cambia. Desaparece una carga que parecía imposible de llevar. Pero lo que Cristo hizo por nosotros es mucho más grande. Él nos liberó de la culpa, nos reconcilió con Dios y nos dio una esperanza eterna. Gracias a Jesús, ya no vivimos como esclavos de una deuda imposible, sino como hijos amados que han sido verdaderamente libres.

Ora: *Señor Jesús, estamos eternamente agradecidos por la salvación que nos has dado. Permite que vivamos fielmente en la libertad que has ganado para nosotros. Amén.*

LA BUENA VIDA

"Si anduviereis en mis decretos y guardareis mis mandamientos, y los pusiereis por obra, yo daré vuestra lluvia en su tiempo..."
Levítico 26:3-4

A todos nos gusta experimentar tiempos de estabilidad. Nos alegra ver que hay alimento en la mesa, que el trabajo marcha bien y que nuestra familia está siendo cuidada. Son regalos que recibimos de la mano de Dios y por los cuales podemos darle gracias cada día. En el pasaje de hoy, Dios recuerda a Israel las bendiciones que acompañaban una vida vivida bajo su cuidado y dirección. Sin embargo, la mayor de esas bendiciones no eran las cosechas abundantes ni la prosperidad del pueblo. La promesa más hermosa era que Dios viviría en medio de ellos y caminaría con su pueblo. Esa siempre ha sido la verdadera riqueza de los creyentes.

Lo mismo ocurre con nosotros. Habrá temporadas de abundancia y otras de dificultad. Pero una cosa permanece igual: Dios cumple sus promesas y nunca abandona a los suyos. Por eso, cuando procuramos caminar cerca de Él, encontramos una alegría que las circunstancias no pueden quitar. No obedecemos para ganar su amor, sino porque ya hemos sido alcanzados por su gracia.

Y esa gracia se manifestó plenamente en Jesucristo. Por medio de su muerte y resurrección, nos libró de la esclavitud del pecado para que pudiéramos vivir en comunión con Dios. No existe bendición más grande que esta: caminar cada día con el Señor, disfrutar de su presencia y descansar en el amor de Aquel que nos ha hecho suyos para siempre.

Ora: *Padre celestial, nos has redimido para ser tuyos. Ayúdanos a vivir con gratitud cada día y muéstranos el gozo de una vida en obediencia y buena relación contigo. En Jesús oramos, Amén.*

EL CAMINO DE VUELTA A CASA

"Antes me acordaré de ellos por el pacto antiguo, cuando los saqué de la tierra de Egipto a los ojos de las naciones, para ser su Dios. Yo Jehová."
Levítico 26:45

La parábola del hijo pródigo cuenta la historia de un joven que decidió alejarse de su padre para buscar la felicidad por su cuenta. Al principio todo parecía emocionante, pero no pasó mucho tiempo antes de que sus decisiones lo dejaran vacío, solo y sin esperanza.

Algo parecido ocurrió en la historia de Israel. Dios había hecho todo lo necesario para vivir en medio de su pueblo y bendecirlo con su presencia. Sin embargo, una y otra vez el pueblo buscó su alegría lejos de Él. Por eso Levítico advierte sobre las consecuencias de apartarse de Dios. No porque el Señor disfrute castigando, sino porque sabe que alejarnos de Él siempre termina produciendo dolor. A veces Dios permite que experimentemos las consecuencias de nuestros caminos para hacernos volver a casa.

Pero la historia no termina ahí. Así como el padre de la parábola salió al encuentro de su hijo y lo recibió con amor, Dios no abandona a quienes regresan a Él con un corazón arrepentido. Él recuerda sus promesas y sigue mostrando misericordia a sus hijos. Quizá usted también se ha sentido lejos de Dios. La buena noticia es que nuestro Padre sigue llamándonos a volver. Y gracias a Jesucristo, quien abrió el camino para que podamos regresar con confianza. No encontraremos un Padre enojado esperando rechazarnos, sino un Padre amoroso dispuesto a recibirnos con gracia y alegría.

Ora: *Señor y Dios, gracias porque en Jesús, nos permites volver a nuestro verdadero hogar contigo. Te alabamos y bendecimos por tu misericordia. En Cristo Jesús, Señor nuestro, amén.*